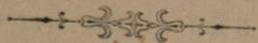


La sombra del sufrimiento  
Allí reemplazado había.

El abuelo silencioso  
A la cuna me llevó  
Con ademan doloroso;  
Y en el fúnebre reposo  
A la nieta me mostró.

Al mirarle acongojado,  
Alcé una plegaria á Dios,  
Y el amigo desdichado  
Me abrazó, desesperado,  
Y así lloramos los dos.

Largo tiempo así estuvimos  
Llorando el perdido bien,  
Y aunque nada nos dijimos,  
Nuestras penas comprendimos...  
¡Yo tengo un hijo también!



## CARTAS CRÍTICAS

SOBRE

## LA LIRA MEXICANA

Madrid 11 de Junio de 1879

Amigo Peza: Entre las mayores contrariedades y tristezas de mi vida, cuento la imposibilidad absoluta en que me hallo de escribir un prólogo al bello libro por usted compuesto, en cuyas páginas resuena el coro inmortale de los poetas mejicanos halagando nuestros oidos con sus cánticos, nuestro corazon con sus sentimientos y hasta nuestra vanidad nacional con el cultivo y el ejercicio de la lengua madre, que confunde las almas de las dos grandes Españas, de la antigua y de la nueva, en una sola alma.

Trabajos de mayor necesidad impuestos por el movimiento de los sucesos políticos y venidos á la misma hora que su libro reclamando el empleo de todos mis dias, desposeyéndome de tiempo, han privado á mi voluntad del cumplimiento de este empeño tan grato para quien consagró una vida entera, sin darse punto de reposo, á unir por medio de las ideas las dos familias de nuestra ilustre raza esparcidas en los dos continentes más luminosos y más libres de nuestro hermosísimo planeta.

Mas no desmayeis por esto. Hechos más bien que palabras muestran cómo España guarda amor al Méjico republicano y libre creado por las revoluciones modernas, y unido á su antigua metrópoli con lazos morales tan estrechos y más duraderos que los lazos materiales y políticos. En la ocasion más triste de vuestra historia, cuando la dictadura bonapartista, no contenta con haber asesinado la República en Francia, intentó asesinarla en América tambien, contando con la complicidad de toda la Europa imperial y monárquica, nuestra pátria, personificada en uno de sus ilustres capitanes, desbarató con su impulso

Madrid 11 de Junio de 1879

AMIGO PEZA: Entre las mayores contrariedades y tristezas de mi vida, cuento la imposibilidad absoluta en que me hallo de escribir un prólogo al bello libro por usted compuesto, en cuyas páginas resuena el coro inmortale de los poetas mejicanos halagando nuestros oidos con sus cánticos, nuestro corazon con sus sentimientos y hasta nuestra vanidad nacional con el cultivo y el ejercicio de la lengua madre, que confunde las almas de las dos grandes Españas, de la antigua y de la nueva, en una sola alma.

Trabajos de mayor necesidad impuestos por el movimiento de los sucesos políticos y venidos á la misma hora que su libro reclamando el empleo de todos mis dias, desposeyéndome de tiempo, han privado á mi voluntad del cumplimiento de este empeño tan grato para quien consagró una vida entera, sin darse punto de reposo, á unir por medio de las ideas las dos familias de nuestra ilustre raza esparcidas en los dos continentes más luminosos y más libres de nuestro hermosísimo planeta.

Mas no desmayeis por esto. Hechos más bien que palabras muestran cómo España guarda amor al Méjico republicano y libre creado por las revoluciones modernas, y unido á su antigua metrópoli con lazos morales tan estrechos y más duraderos que los lazos materiales y políticos. En la ocasion más triste de vuestra historia, cuando la dictadura bonapartista, no contenta con haber asesinado la República en Francia, intentó asesinarla en América tambien, contando con la complicidad de toda la Europa imperial y monárquica, nuestra pátria, personificada en uno de sus ilustres capitanes, desbarató con su impulso

generoso aquella monstruosa intriga y escribió la primera letra de la viril protesta, coronada por vuestra libertad y vuestra independencia.

Después, en aquellos días en que los cortesanos del poder y de la fortuna, que tanto abundan, por desgracia, en las cortes de los monarcas europeos, intentaron hacer de Méjico un pueblo apestado y reducirlo á un aislamiento eterno, España reconoció vuestro gobierno y sancionó diplomáticamente vuestra autonomía.

A estas muestras de amor habeis correspondido comprendiendo y mostrando que el triunfo de la insurreccion cubana, si por acaso hubiera logrado separar de nuestras banderas las Antillas, cederia tan sólo en bien de afortunados rivales que sueñan con un predominio excesivo en América, al cual de consuno se oponen la Naturaleza con sus insuperables vallas y la Historia con sus definitivas sentencias.

Inspirado, pues, por sentimientos de amor á nuestras letras, de las cuales son ya ornamento vuestros mismos versos, habeis presentado esa falange de poetas y esa coleccion de poesías, doblemente plausibles, por ser ellos quienes son y vos quien los presenta. Apenas aplicais el oído á sus estrofas, ya sentís que cantan los dolores y aspiraciones de nuestro tiempo con una gran verdad, y el resplandor de la Naturaleza en el Nuevo Mundo con un gran sentimiento. Nacidos en esa tierra donde todo obedece á la ley de la renovacion universal, así los seres como las instituciones, deben llevar vuestros cantores el título de poetas modernos por excelencia. Se quejan, se duelen, se plañen de las limitaciones de la vida, porque sin dolor no habria jamás arte, pero tienen fé vivísima en la idea que llena todo el Universo, en Dios; y en la idea que caracteriza al hombre, en la libertad. Luego, el espectáculo de la Naturaleza exuberante, el cántico de las selvas vírgenes, el aroma de las enredaderas tendidas sobre los árboles seculares, el hervor de los volcanes entre los ventisqueros, la inmensidad de los desiertos que en grandeza compiten con el Océano, la totalidad, en fin, de vuestra rica vida,

trae á las venas de las artes europeas, un tanto empobrecidas, nueva y más encendida sangre que centuplica la luz espiritual en la inteligencia y el calor material en todo nuestro cuerpo. Nada tan útil como esta relacion y comercio entre nuestras artes, porque los españoles pueden aprender de vosotros la inspiracion original y nativa; mientras que vosotros podeis aprender de los españoles la depuracion necesaria del gusto y la maestría en el uso y empleo de nuestra rica lengua.

De todas suertes, guardad una consoladora conviccion: que habeis contribuido con vuestro libro á despertar el ideal en la mente de nuestra generacion. El ideal es para las almas como las alas para las aves. Mediante él ascienden al cielo de lo infinito y columbran la luz increada, de la cual descenden como destellos las ideas sobre las conciencias: todavía la Historia no ha resuelto si las instituciones superiores, las repúblicas progresivas, los parlamentos libres, las leyes justas y respetadas, los progresos pacíficos y continuos, son una causa ó un resultado. No sabemos si necesitamos dar á los pueblos política progresiva para que se ilustren y se fortalezcan, ó si necesitamos instruirlos y fortalecerlos para que abracen por impulsos propios é íntimos de su voluntad la política progresiva. Sea como quiera, tened por cierto que allí donde la inteligencia crezca, la fantasía brille, la razon madure, el arte prospere, vendrán como en ciertos periodos biológicos de la tierra, organismos superiores, instituciones superiores tambien.

Si derramais mucho éter en los espacios, aparecerá á primera vista como un inmenso cometa, pero luego, á virtud del tiempo y de irradiaciones misteriosas, surgirán mundos y soles, todo un sistema planetario. Pues lo mismo sucede con las ideas; derramad muchas y muy brillantes en la conciencia, y vereis cuan pronto surgen muchas y muy brillantes instituciones en el espacio.

Adios, amigo, os felicito y felicito á vuestra patria por tan importante obra.—Vuestro siempre

EMILIO CASTELAR.

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

He leído con verdadero interés, mi querido amigo, la colección de poetas contemporáneos que con el título de LA LIRA MEXICANA ha tenido V. la bondad de remitirme.

Sólo hecho de ménos en el libro algunos apuntes biográficos de todos y de cada uno de los autores que la componen, pues el colector debía pensar lo mucho que nos interesa en España la historia de los hijos ilustres de aquella México lejendaria, que siendo hoy la cuna de nuestros hermanos en idioma, es además la antigua escena de la gloria de nuestros antepasados.

Dudo que en ningún país del mundo se pudiese hacer una antología de autores contemporáneos tan escogida y numerosa como LA LIRA MEXICANA.

Pero alguno me preguntará:—¿y todos los poetas contenidos en ella son de primer orden?—A lo cual contestaré, que si no todos son de primer orden, por lo ménos no hay ninguno que no deba figurar en una colección de poetas escogidos. Todos, con más ó ménos merecimientos, son dignos herederos y continuadores de la tradición literaria de Balbuena, Alarcon y sor Juana Inés de la Cruz, que se han educado ó escrito en la propiamente llamada Nueva España, para ser despues el orgullo de la España vieja.

Esta antología está compuesta de una pléyade de escritores en extremo cultos y temperantes, tanto, que parece imposible que sean contemporáneos; de esos prosistas políticos, cuyas filípicas leemos todos los dias en los periódicos y que escriben lo mismo, exactamente lo mismo que nosotros los españoles de Europa, pues convirtiendo á los hombres públicos en carne de calumnia, no nos ocupamos para nada en tener buenos gobiernos, sino en tener gobiernos de amigos y paniaguados.

Pero dejando á un lado la política, seguiré diciendo que es un espectáculo que llena de orgullo á los pueblos que hablan el idioma español el ver naciones como México que con tanto patriotismo defienden el castellano más puro contra las invasiones de un pueblo vecino y poderoso que habla la lengua inglesa. ¡Ah, valientes mexicanos! así, así; ayudadnos á ganar en lo porvenir esa batalla étnica que los rusos y los ingleses se preparan á darnos para ver cuál de las tres razas y de las tres lenguas ha de ser la más preponderante en el mundo.

Ruego á V., mi querido Peza, que, haciéndose intérprete de las expresiones de mi admiración y simpatía con nuestros contemporáneos de México, se acuerde alguna vez de nosotros, haciéndonos saber todo lo que se vaya publicando en un país cuyas glorias literarias son más nuestras que suyas, pues á los españoles nos sucede con las producciones de nuestros hermanos de América lo que á la hija de Milton, que leyendo un elogio de su padre, despues de treinta años de la muerte de éste, exclamó entusiasmada:—«¡Padre mio! si viviérais hoy, ¡con cuánto placer veríais reflejada vuestra gloria en la aegria del rostro de vuestra hija!»

CAMPOAMOR.

Madrid 1.º de Mayo de 1879.

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

MI QUERIDO POETA:

Muchísimas gracias por tu galante atención al acordarte de mi humilde nombre para el precioso libro donde congregas á tus hermanos cuyos hermosísimos versos yo presentía ya en las aves de mis jardines cordoveses, en la esencia de los jazmines que nacen en mis patios andaluces, en el ardiente sol que despierta todos los días á tantas flores, que decora la frente de tantas montañas y que á mí como á aquellos y á tí como á nosotros nos ha prestado la luz de nuestras estrofas, el calor de nuestros entusiasmos, la vida de nuestras inspiraciones. ¿Qué mejor monumento para nuestra fraternidad futura que el primoroso collar que entreteje tu mano generosa?

Mías como tuyas serán desde hoy las lágrimas de Acuña, las exquisitas filigranas de Cuenca, las nostalgias eternas, los vuelos fantásticos, los majestuosos arrebatos de Flores y los valientes bríos de Altamirano cuya soberana musa parece haber robado sus tintas á la pluma de Andrés Bello, cantor inimitable de las galas de la naturaleza.

Como las arpas mudas de nuestro Nuñez de Arce allí languidecían y se quejaban solas las arpas de aquellos vates insignes, tu mano las hace vibrar entre nosotros, por tí resuenan juntas en el libro que les preparas y por el cual á tí y á ellos envía un abrazo fraternal de cariño y de gratitud

ANTONIO FERNANDEZ GRILLO.

Madrid 1 de Mayo de 1879.

*Sr. D. Juan de Dios Peza.*

MI MUY QUERRIDO AMIGO:

Méjico, la pátria privilegiada por el dedo de Dios con los tesoros de una naturaleza fecunda en dones para aquel suelo, acaba de recibir una prueba más del afecto profundo que le consagran sus hijos en los angustiosos dias de esa separacion que nos arranca del lugar en que nacimos, con el llanto amarguísimo de los ojos y el dolor punzante de la desesperacion en el alma.

Méjico es su pátria de usted, mi queridísimo amigo; allí cruzaron los primeros dias de su infancia, entre los quiméricos ensueños de un porvenir encantador. Allí ¿pero á que conducir su ánimo tras de las corrientes dolorosas del recuerdo? Existe un anciano noble, generoso, amante de su nacionalidad, y que, segun usted dice en sus inspirados versos, lleva en su cabeza

• El polvo del camino de la vida •

Ese anciano es su padre de usted, un pedazo de su alma al que usted adora con locura, como se adora á un padre honrado, como se le adora en el hogar, como se le adora cuando nos separan de su lado las ondas del Océano y la distancia de dos mil leguas.

¡ Ah! mi buen amigo. Yo veo en usted al hijo de la América, con todas las cualidades y todos los caracteres de su peculiar organizacion. Usted siente en su alma el fuego de los rayos de ese sol ardiente que borda los cielos de su pátria, y guarda usted aún en su pecho los últimos fulgores que imprimieron un ósculo en la frente de usted cuando llegó la hora de la partida.

Pero venia usted á España, mi querido amigo, á la patria de la regeneracion del derecho; venia usted á Iberia, la cuna de la regeneracion del lenguaje; venia usted, en fin, á esta nacion hermana de usted, amiga suya del corazon, y en donde la mirada escrutadora del génio, tendiéndose sobre la superficie del *Cosmos*, contempla de un lado el Mediterráneo, como ocupando el centro de los paises civilizados, poblado de risueñas islas, bañando unas costas plantadas de olivos, mirtos y palmeras, y que ante la meditacion del pasado y la revelacion de los sueños, semeja al mar de donde nacieron como sílfides entre sus túnicas de gasa, Apolo, las Nereidas y Vénus.

De otra parte observa el Océano, como teatro de las tempestades, rodeado de islas desconocidas, sirviendo de techumbre á los mundos impenetrables del misterio, y desplegando las alas de su fantasía para consagrarle cánticos eternos de alabanza, en la creencia de que aquellas olas fueron la cuna de los fantasmas de la Escandinavia y el dominio de esos pueblos que se forman tan alta idea de Dios.

Hé aquí, mi querido amigo, lo que es, ha sido y será siempre esta tan amada patria mia. En ella ha encontrado usted, yo lo creo así, la buena, la cordial acogida que se merece un jóven de sus talentos. Poeta inspirado y escritor correcto, ha penetrado usted en el mundo literario español, apadrinado por el mérito indiscutible de sus producciones. Y nosotros que amamos á Mejico como á nuestra hermana del alma; nosotros que volamos como ella vuela en pos de las propias aspiraciones, y en pos tambien de esas indomables corrientes del progreso social y del progreso científico, que son el *Génesis* de las modernas razas, abrimos nuestro pecho al entusiasmo, elevamos nuestras manos á la ofrenda preciosa de su bordada literatura, y llegamos hasta estrechar sobre nuestro corazon ese espejo de sus grandezas que usted ha reunido en una sola idea y en un solo espacio, llamándole, á mi juicio muy acertadamente, LIRA MEXICANA.

Mas hé aquí el punto de difícil solueion en esta desali-

ñada epístola. Usted habia visto en la poesia de sus compatriotas una especie de vergel en donde yacian multitud de bellísimas flores que lucian sus galas, aisladamente cada una sobre su tallo sin entrelazarse con las demás. Era preciso que usted diese á conocer al mundo la galanura y los encantos de aquellas creaciones de una naturaleza vigorosa, y penetrando en las florestas donde descansaban mecidas por los vientos de su felicidad, llegó usted, tomólas con delicadeza suma, y formó un preciosísimo *bouquet*, que ofreció á su patria, ligado con los lazos inquebrantables de su afecto, y coronado con el recuerdo inextinguible de su corazon.

Y sin embargo, esto no le pareció á usted bastante.

Aquel ramillete, que recordaba la corona de flores que las doncellas de Esparta formaron para Elena en la isla Platanista, necesitaba del rocío purísimo y fecundante de algun génio que explicase sus bellezas con el inspirado lábio de los dioses del arte.

Era ésta, tarea muy difícil en la vida de la realidad, pocos podrian encargarse de llevarla á feliz término, y sin embargo, no faltó un campeón esforzado de la ciencia, un insigne caudillo de la oratoria, un apóstol esclarecido de la jurisprudencia y de la lingüística, un hombre eminente, en fin, que como nuestro comun amigo y maestro mio el Ilmo. Sr. D. Antonio Balbin de Unquera, emprendiese la ejecucion de la obra y la llevara á dichosísimo efecto, con valerosa mano y con incomparable inteligencia.

Escribió, pues, el Prólogo de LA LIRA MEXICANA el señor Balbin, y ante la superioridad del trabajo aquel, vino á mi memoria la célebre frase, repetida por el inmortal hijo de *Cópluto*.

• Nadie las mueva  
Que estar no pueda  
Con Roldan á prueba •

y como yo no podria jamás esgrimir mis enmohecidas armas con el ilustre arqueólogo español, y sí por el contrario, recibir de él muchas y muy brillantes lecciones, he

aquí por que, mi amable amigo, me veo en el caso de dejar al juicio del Sr. Balbin el desarrollo importante de todas las cuestiones de reconocida trascendencia, limitándome, como de pasada, á apuntar ligeras consideraciones sobre el carácter de la poesía mejicana, el espíritu que la preside, y la suposición en que yo me fundo para marcar cual sea su aspecto en el porvenir.

Es indudable. Las grandes evoluciones sociales engendran y perfeccionan el movimiento de la literatura de una nación, como engendran y perfeccionan el movimiento económico de los pueblos.

A medida que un país avanza, á medida, también, que sus artes, encarnándose en la naturaleza propia de la época en que se vive, van como dibujando los caracteres, las costumbres y hasta las razas mismas, encuentra el observador un hecho circunstancial y culminante que influye en estas variaciones. Pero un hecho universal, inapelable, poderoso. El producto de la lucha entre dos aspiraciones del espíritu, entre lo *ideal* y lo *real*; entre lo que se ha llamado el neo-clasicismo artístico y la realidad misma en el arte. Este hecho práctico que informa el periodo de transición de lo que fué á lo que es; esta resultante de las aspiraciones individuales y colectivas á la absoluta posesión de la verdad concreta, no es otra cosa que el *conocimiento* en su grado más alto de perfección, la filosofía, en una palabra, que invocada por el progreso para su auxilio y su ascensión á los mundos del infinito, se extiende sobre las humanas inteligencias, desligadas ha tiempo de la tarea de la contemplación, y libres ya de la fiebre del miedo, que buscan, analizan, desentrañan, y no llevan á efecto más que aquello que halaga á su espíritu sin que sea siempre bajo el prisma especulativo.

Pues de estas influencias, quizás Méjico no se haya visto totalmente atacado en su literatura.

Los que recibimos más directamente, por nuestra proximidad geográfica á ellos, las inspiraciones de los pueblos germánicos y vivimos de continuo esperando un aviso suyo para asociarnos al casi general concierto del movi-

miento intelectual de Europa, perdemos en nuestra poesía lo que ganamos en nuestra ciencia. Perdemos aquella objetividad ideal que caracteriza la poesía clásica castellana; aquella aspiración subjetiva hácia un ideal de verdad y de belleza absolutas, que bien pudiera ser el de Platon, y reivindicamos en cambio la memoria de la obra inmortal de Dios: el hombre, apelando á sus pasiones, á sus sentimientos, á sus debilidades, para producir la obra artística, idealizando aquellos con la sanción moral de un hecho grato para el bien, funesto para el mal, pero siempre concreto, real y posible.

Hé aquí porque nos encontramos los pueblos de Europa dominados por una fiebre inapagable de investigación, hasta en las funciones exclusivas de la fantasía. Hé aquí porque se organizan frente á frente todas las escuelas del arte luchando las unas todavía con el apoyo de la revelación y el misticismo teológico, peleando las otras con los auxilios de la filosofía y los elementos de la razón. Y hé aquí, porque para los libre pensadores que anhelan la regeneración del arte por su reencarnación en lo real, no existe más que un Victor Hugo en Francia, un Leopardi en Italia, un Goethe y un Heine en Alemania, un Byron en Inglaterra y un Goszczynski en Polonia, creador este del inspirado poema el *Castillo de Kanion* y antitradicionalista por temperamento en política y en arte.

Contra esta escuela levántase la secta idealista más generalizada aun por el hecho mismo de su historia, y opone como modelos en los países antecitados un Lamartine, un Petrarca, un Schiller, un Milton y un Malezewski, el héroe de Polonia en la proscripción y en la desgracia, el más refinado acero contra los aguzados dardos de la crítica.

Y sin embargo, ustedes y nosotros conservamos el sello característico del lenguaje clásico, sus giros, sus modificaciones y sus inflexiones determinadas.

Ustedes nacen en su vida poética al calor de grandes instituciones políticas, como nacieron los géneros en las poesías griega y latina durante el reinado de los grandes reyes. Nosotros hemos seguido la misma suerte.

La poesía bucólica, ese ensueño del númen que idealiza el estado del hombre en el seno de la Naturaleza, brotó en Roma durante la dominación de Augusto personalizada en el inmortal cantor de Mántua, en el discípulo de la gran Parthénope, en el Tytiro de las églogas. Virgilio, el cisne del Lacio, el modelo de todas las escuelas, hubo de buscar la protección de un amigo de todos los poetas de su tiempo, para que demandara del rey la protección que necesitaba. Y sin embargo, el colega de Polion brillaba tanto como el monarca; merecía del pueblo latino tantas consideraciones como aquel príncipe y su personalidad, sumisa hasta el punto de llamar dios á su rey, se levantaba majestuosamente sobre él para exclamar en sus versos ante el concilio II de Bizancio.

Jam nova progenies cælo demittitur alto.

y Egipto misma vió levantarse la musa pastoril y juguetona de los poetas bucólicos durante la dominación de los Ptoloméos, de esa monarquía fastuosa y sibarítica, que se cobijara bajo los artesonados de oro de su grandeza y las creaciones potentes del arte antiguo.

A semejanza de ellos, ustedes y nosotros hemos venido á la vida del arte cuando nos ha llegado una institución todavía más poderosa; la institución de la libertad que es el verbo de la existencia y de la dicha.

Ustedes, después de grandes cambios y de grandes fatigas en sus luchas contra los pueblos y muy especialmente contra los de más allá de las cumbres del Pirineo, han visto volver á robustecerse en la contemplación de ese gran argumento de su poesía, la naturaleza, las musas elevadas y brillantes de Carpio, Prieto, Ramirez, Florez, Plaza, Sierra, Hajar y Haro, Altamirano, Acuña y otros muchos.

Ustedes tienen el primero de estos poetas que representa, como dice muy bien el Sr. Balbin, el ideal y el perfeccionamiento de la gran creación de Byron, y recuerda en su Poema Bíblico, la suma pureza, el levantado espíritu del primero de los libros sagrados.

Ustedes cuentan con las sonoras liras de los poetas citados Prieto, Ramirez, Flores, Riva Palacio, Sierra, Hajar y Haro y otros varios, que así se elevan hasta el tono de la profecía, como retroceden á la vida del recuerdo lanzando risas y vertiendo lágrimas. Cuando los leo, siento mi corazón gozo inefable y me causa admiración suprema la flexibilidad en el movimiento dramático de las escenas que describen, la armonía en el cadencioso ritmo que manejan, la elocuente verdad en el severo apóstrofe que dirigen. Líricos son estos que honran á Méjico con sus riquísimas imaginaciones.

Paso después á Altamirano, y me encuentro con el estilista elegante y el retórico de exquisita selección. La forma de sus composiciones me seduce. El género que cultivaba suspende mi espíritu de otra nueva existencia. Si enamorado, sublime; si triste, arrebataador; si creyente, incomparable, y si en el seno de las vírgenes selvas de la América, ó al lado de los transparentes arroyos canta las dulzuras de su corazón en brazos de la pasión ardiente de su alma, ¡ah! entónces le veo engarzar su lira de poeta en las incrustaciones de oro y zafir de la lira de Orfeo, para elevar como este un mundo de creaciones al porvenir y á la Pátria.

Y no me resta sino Acuña. ¡Oh! mi querido amigo. Perdieron ustedes al que acaso, si hubiera continuado pisando los ásperos senderos de la vida, hubiese ayudado á marcar el porvenir y el movimiento hácia donde habia de dirigirse la actual poesía mejicana. Aquella composición, *Ante un cadáver*, parece todo el sudario de su existencia. ¡Cuántas lágrimas debe derramar Méjico, al recordar se perdió para siempre!....

• Pero no, su misión no está acabada:

• Que ni es la nada el punto en que nacemos.

• Ni el punto en que morimos es la nada. •

El mismo lo dice; respetemos la memoria de los muertos.

Amigo mio, siento haberme extendido demasiado, molestado quizás á cuantos lean esta desaliñada carta.